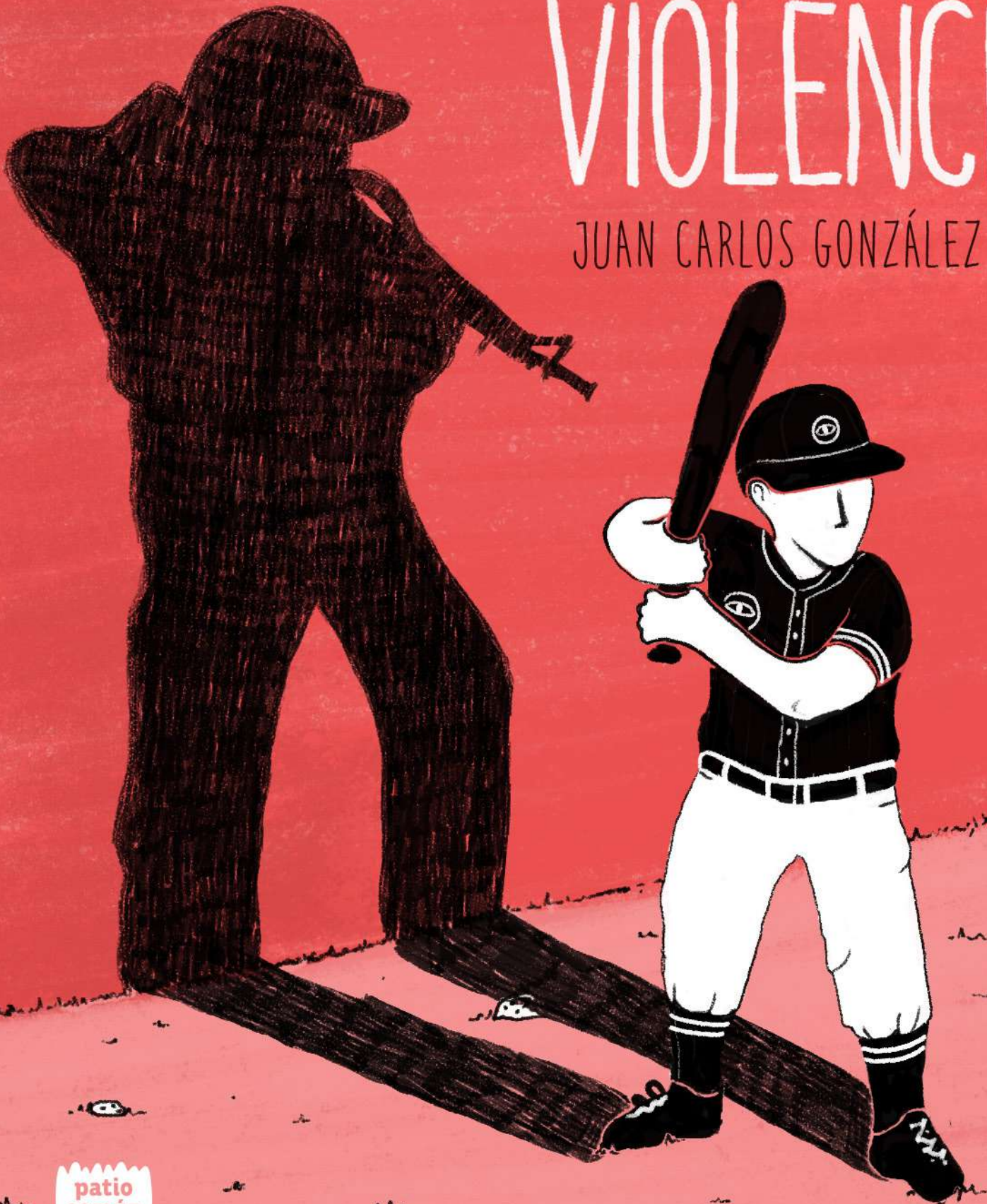


EL LOOP DE LA VIOLENCIA

JUAN CARLOS GONZÁLEZ DÍAZ



El loop de la violencia

Finalista del III Concurso de Cuentos “Junto al Fogaril” (Huesca, 2010)

Cómo son las vainas, Rómulo José Pereira siempre intentó escapar de la violencia, aún a riesgo de ser considerado un cobarde, pero de la violencia verdadera no se puede escapar. Al menos no nosotros, los venezolanos nacidos en los ochentas, los que rondábamos los diez años cuando estalló el *Caracazo*, los que vimos desde nuestra niñez como se despertó una rabia colectiva que ya nadie supo controlar.

Rómulo era un tipo normal, de nombre y cara común. Salió de Venezuela cuando tenía veintidós años, luego de haber dado vueltas por muchos oficios: fue carpintero, electricista, chofer y hasta dependiente en una librería. Pero a Rómulo lo que le gustaba era el béisbol. Desde pequeño, cuando su papá lo llevó por primera vez al estadio, era batear una pelota y atajar con un guante lo que lo hacía feliz. Intentó jugarlo a nivel profesional, y aunque era bueno, no era lo suficientemente bueno como para ser contratado por un equipo en los Estados Unidos, la Meca del béisbol para los latinoamericanos que amamos este deporte.

A Rómulo lo conocí en Barcelona, ciudad a la que se había mudado para ganarse la vida de algún modo. No era como la mayoría de los venezolanos que allí vivían: no hablaba ni bien ni mal de Chávez, de hecho no lo nombraba en lo absoluto. Él sólo quería vivir una vida tranquila, jugar béisbol en el estadio olímpico del Montjuïc y conseguir una novia para casarse y tener hijos.

Rómulo y yo nos hicimos amigos enseguida. Nos reuníamos en su casa o en la mía, salíamos de vez en cuando, comíamos una pizza en un restaurante de Poble Sec o caminábamos

por El Raval y nos metíamos en cualquier bar a tomarnos unas cervezas. Hablábamos siempre de béisbol, de la Liga que se jugaba en Venezuela, de la temporada de Estados Unidos, de cómo les iba a los jugadores venezolanos en las Grandes Ligas. Rómulo llegó a Barcelona sin papeles, comenzó trabajando como repartidor de volantes en las salidas del metro, luego hizo las veces de mesonero, y a veces redondeaba el mes sirviendo cervezas en los conciertos. Al principio estuvo muy apretado, apenas alcanzaba a pagar su habitación y los gastos. Cada domingo iba a jugar béisbol en un equipo de Sant Boi que habían fundado unos dominicanos. El equipo era malísimo y perdía con todos los demás, pero un día jugaron contra el equipo de Viladecans y Rómulo se lució con un par de cuadrangulares y una atrapada de feria. Los entrenadores del Viladecans se acercaron a él y le ofrecieron ficharlo para la temporada siguiente. Aunque Rómulo estaba en condición de ilegal, los entrenadores le dijeron que le iban a pagar. Y le pagaron.

A partir de ahí la suerte de Rómulo empezó a cambiar. Una vez vino a comer a mi casa y me di cuenta que ya no vivía tan apretado: él, que al principio sólo vestía de forma muy discreta ahora llevaba ropa deportiva de marca. Decía que le gustaba vestir cómodo, que los trajes y las corbatas le cortaban la circulación de la sangre.

A mi esposa Rómulo le caía muy bien. Cada vez que llegaba a casa llenaba de risas el lugar, no se daba mala vida y siempre tenía un chiste que contar. Mirábamos un poco de béisbol por Internet, y él me decía que en España nunca entenderían a un latino, especialmente al caribeño, si no entendían el béisbol y la manera que se jugaba. Aquí hablan de Cuba, me decía Rómulo -que también tenía un extraño y esporádico interés por la política-, hablan de Fidel y de Chávez, de Trujillo, Somoza y Arbenz. Escriben libros, hacen conferencias y adjetivan, siempre

adjetivan, pero si preguntas a cualquiera de esos profesores que se la pasan analizando a Latinoamérica, ninguno se habrá sentado a ver un juego de pelota las nueve entradas, ninguno sabrá cuánto nos representa ese deporte. Dicen que es lento, aburrido, un juego de gordos y flojos. A mi me gusta el fútbol, pero es un deporte muy diferente. El béisbol es para sentarse y compartir largo rato, para no pensar en nada pero al mismo tiempo para ver la vida pasar frente a tus ojos. Y si ves béisbol con alguien compartes todo lo que pasa por tu vida y toda la nada que también te atormenta. Fíjate en los italianos, decía Rómulo, tienen al mismo tiempo fútbol y béisbol, el mejor béisbol que se juega en toda Europa. Rómulo comenzó a contarme cómo el béisbol llegó a Italia en 1884, cuando los marineros de dos buques estadounidenses jugaron una partida en el puerto de Livorno. Yo recordé que también así había llegado el béisbol a Venezuela, desembarcando en manos norteamericanas en el puerto de La Guaira. Rómulo sabía un montón de nombres y fechas importantes sobre el béisbol. A mi se me quedaban pocas cosas porque cada vez que veía un juego de béisbol pensaba en Héctor Lavoe cantando “Mi Gente” ahí, con su saco blanco dandy y sus lentes marrones, y también pensaba en el estadio de la Universidad Central de Venezuela, la entrañable UCV. Y así estábamos, Rómulo recordando fechas y nombres, analizando su vida a través del béisbol y yo pensando en todo lo que decía y cuánta razón tenía.

A partir de ese día a Rómulo se le metió en la cabeza la idea de irse a Italia. Siguió jugando con el Viladecans, pero ahora sólo buscaba mujeres italianas para acostarse con ellas y que lo llevaran a conocer su tierra. No tardó en conseguir su meta: para aquella época, muchos italianos venían a Barcelona buscando algo diferente a lo que tenían en casa. Estaban hartos de Berlusconi y del *Calcio*. La mayoría de los que conocí en esa época, y con quienes me gustaba

hablar de cocina, de las películas de Fellini y de política, se consideraban a si mismos gentes de izquierda. Pero no de esa izquierda macilenta, corrupta y apática que no se diferenciaba nada de la derecha *lambucia* italiana. Mario, un viejo mecánico de Grosseto que ahora tenía su propio bar en El Borne, me contaba como se había decepcionado de la *intelligenza*, cómo había decidido abandonar el pensamiento del partido comunista italiano cuando sus postulados se fueron a la mierda y la izquierda política se vendió a la derecha *lambucia* y luego a la mafia.

Un lunes me encontré a Rómulo caminando por el barrio de Gràcia. No era muy tarde pero había poca gente en la calle. Me invitó a un bar de la Plaza del Sol que era famoso por las alitas de pollo fritas que servían. El lugar tenía unas mesas de madera redondas donde la gente se apretujaba para fumar mientras esperaban unas alitas de pollo que, era verdad, estaban muy buenas.

Esa noche, Rómulo quería hablar, tenía ganas de desahogarse. Me contó que estaba con una chica llamada Laura Vitullo y que en un par de semanas se iba a Italia. Todo había comenzado hacía tres meses, cuando se conocieron en una discoteca donde él trabajaba como mesonero. Ella venía con unas amigas a conocer Barcelona. Era lo que los catalanes llamaban una *güiri*, turista de fin de semana. Rómulo le sirvió tragos generosos, bien cargados, y apretó el acento venezolano cuando ella le confesó que le encantaban los latinoamericanos. En la oscuridad de aquella discoteca, él la consentía, la hacía reír con sus chistes. La llevé a casa, me decía Rómulo, le ofrecí coger el bus pero ella insistió en pagar el taxi. Estaba bastante borracha. Se apoyaba aquí, en mi hombro, y me preguntaba de qué tonalidad era el azul de las playas venezolanas. Yo le respondía que habían varios tonos y ella me pedía que le dijera una palabra

pintoresca y a mi sólo se me ocurría bululú. Bululú, tiene gracia esa palabra. Yo quiero vivir en Venezuela, montar una posada en Los Roques y olvidarme para siempre de Rimini, me decía Laura.

Y así llegamos a mi casa, Laura hablando del Caribe y yo pensando en el Adriático. Entonces decidí arriesgarme y buscar mi suerte: con una aguja pinché el condón que me daría el boleto a Italia.

No hizo falta que se acostaran muchas veces para que ella, confiada en que Rómulo usaba condón, quedara embarazada.

Yo no le reproché nada. No tenía derecho a cuestionarlo, y menos sabiendo que su deseo era intentar mejorar su vida en Italia, donde se jugaba béisbol a nivel profesional. Pagan un buen sueldo, recuerdo que me dijo. Si me firman, tengo habitación asegurada. Sólo necesito casarme con Laura para poder optar a la tarjeta de residencia.

Lo vi y entendí su desesperación, el tamaño del sueño que salía de sus ojos y atravesaba los cristales del vaso, las botellas que se apoyaban en el mostrador de la barra y las ventanas de aquel bar de Gracia. Pero también vi en su mirada una huida hacia adelante. Nos hicimos los locos y brindamos por Laura y por Italia, brindamos por el béisbol y por los jóvenes venezolanos como nosotros, que habíamos venido a vivir sino mejor, por lo menos si alejados de la violencia, ese fantasma que creíamos haber dejado atrás, pero que seguía ahí, junto a nosotros, como después lo comprobaríamos. Bebimos y nos reímos de nuestras desventuras en Barcelona, pero después Rómulo me dijo que la violencia no era cosa suya. Tuya sí, me dijo con una tristeza que

entonces no entendí, pero no mía. Detesto la violencia. Yo le aseguré que sentía lo mismo. Hoy creo que los dos mentíamos, no sólo el uno al otro, sino sobretodo a nosotros mismos.

Aquella noche Rómulo y yo nos emborrachamos hasta la ceguera. Luego se fue a Italia y pasaron muchos años antes de que lo volviera a ver.

Mi esposa y yo tuvimos un hijo, nos mudamos de Barcelona. Vivimos en Manila y La Haya. Yo seguí escribiendo y haciendo documentales. No me fue mal y logré comprar una casa en Caracas, donde regresaba de tanto en tanto para ver a mi familia y a los pocos amigos que allá se quedaron, esos que no pudieron, o se resistieron, o ni siquiera pensaron en el exilio.

Un día salí a comer a casa de mi hermana. Era una noche fresca de enero y las calles estaban desiertas. Se jugaba la semifinal de la liga de béisbol profesional y hoy tocaba el Madrid – Barça venezolano: los Leones de Caracas *versus* los Navegantes de Magallanes. Caminando de vuelta a casa se podían escuchar en la calle el eco de los televisores encendidos dentro de los apartamentos, siguiendo la transmisión del juego. La voz del narrador tenía ese toque de suspenso que indicaba que algo importante estaba a punto de ocurrir en el partido. Al fondo de esa voz grave también se oían los cánticos de las barras de los equipos. Todo lo demás era silencio.

Decidí ver el juego y entré al bar que quedaba antes de llegar a casa. Un lugar sucio, con paredes desconchadas y la luz pálida de los hospitales, pero donde servían la cerveza más fresca que se podía uno imaginar. Y ahí estaba Rómulo. No lo reconocí hasta que él se acercó y dijo mi nombre. ¿Rómulo José Pereira?, pregunté y él asintió con lágrimas en los ojos.

Esa noche nos quedamos hablando hasta que amaneció. Yo lo invité a casa pero él quería enseñarme los bares caraqueños que permanecían abiertos toda la noche. Acepté sin rechistar. Ya

no solía salir en Caracas –había perdido la práctica y tenía algo de miedo- pero la sola compañía de Rómulo me hizo sentir tranquilo. Tomamos un taxi y fuimos haciendo paradas. Le pregunté por su vida, qué había hecho en tantos años, y él me fue contando cómo sucedieron las cosas luego que se fue a Italia. Lo hizo como si nunca nos hubiésemos despedido en aquel bar de Gracia.

A la semana siguiente de su llegada a Rimini, Laura le dijo que no quería tener el bebé. Rómulo lloró, suplicó, pero ella deseaba su libertad sana y salva. Fue la última vez que se vieron.

Me resigné a no tener al bebé, contó Rómulo, pero tomé un bus hasta Boloña y me presenté en el campo de entrenamiento del equipo de béisbol. Fui donde estaba el manager del equipo, un tipo alto y canoso, que no entendía una palabra de lo que le decía, y apunto estuvieron de echarme del estadio sino hubiese sido porque apareció un cubano que me ayudó con la traducción. Me dieron oportunidad de probarme y te juro que jugué el mejor béisbol de mi vida. Cogí todos los *rollings* que me bateaban, lancé con fuerza y precisión a las bases, bateaba líneas que golpeaban contra la pared del *center field*. El manager estaba impresionado. Quería hacerme un contrato al instante, pero al darse cuenta que yo no tenía papeles me gritó algo en italiano y regresó a su oficina sin decir más palabra.

Volví a la mañana siguiente y ahí estaba otra vez el equipo practicando. Cuando el manager me vió, me hizo una seña para que me acercara. Dijo algo que no comprendí en ese momento, pero al ver que me daba un uniforme y señalaba los vestidores, salí corriendo a cambiarme y sentarme en el banco. Jugué como *pitcher*, *short stop* y *right fielder* pero nunca firmé contrato. A final de cada mes el manager me pasaba un cheque con su firma y una suma

con la que pagaba holgadamente los gastos. Por un tiempo me fue muy bien, ganábamos partidos, éramos primeros de liga y el equipo estaba muy contento conmigo. Me hice amigo del cubano, Joel Galbizo se llamaba, me alojó en su casa los primeros días y me enseñó la ciudad. Él también jugaba en el Boloña pero a diferencia de mi, no tenía problemas de papeles porque había llegado a Italia con una delegación de béisbol juvenil de la isla que venía a unos juegos de exhibición, y una noche en la que nadie vigilaba se escapó de la concentración y pidió asilo. Vivía tranquilo, sin meterse en problemas, jugando su pelota, tomándose una copa de vez en cuando y yéndose a la cama con alguno de esos modelos de pasarela cuando tenía oportunidad. Yo, que estaba tan agradecido con Joel por lo mucho que me había ayudado, lo invitaba a cenar, tomábamos el tren a Roma o a Florencia y ahí nos quedábamos viendo esos monumentos espectaculares mientras conversábamos de cualquier cosa. El hecho es que no me di cuenta cuando fue que Joel se enamoró de mí.

Rómulo dijo estas palabras y se acomodó en su silla, como ganando fuerzas para lo que venía. Eran las tres de la madrugada y el bar en el que estábamos ya había cerrado. Las sillas volteadas descansaban sobre las mesas y una señora limpiaba el piso con un trapo.

Una noche, continuó Rómulo, mientras mirábamos por la tele un partido de los *Yankees* contra los *Medias Rojas*, Joel me miró de frente, me dijo que me amaba y que quería acostarse conmigo. Yo, que nunca había estado en situación semejante, le respondí que lo respetaba pero que *eso* no era lo mío. Joel se tomó mal el rechazo, empezó a llorar y a insultarme, a sacarme en cara cuánto me había ayudado. A mí me dolió mucho su reacción, así que decidí despedirme y salir de su casa lo más rápido posible.

A partir de ese día, todo se fue al carajo. Joel me trataba de una forma fría y distante y tú sabes que eso en el béisbol rompe la química del equipo inmediatamente. Ahora en vez de ganar, perdíamos. Los abridores recibían cinco y seis carreras en el primer *inning*, en defensa cometíamos errores infantiles, parecíamos novatos. Yo empecé a bajar mi promedio, a jugar muy mal y el manager, que recibió el apoyo de los dueños del equipo cuando todo iba bien, cuando la promesa era ganar la liga, ahora era visto como un tipo que no garantizaba nada. Entonces comenzó a buscar culpables y la sogá reventó por lo más delgado. Un día, en medio de un juego, me reclamó frente al grupo por no haber corrido con más fuerza desde el *home* hacia la primera, y ahí nos pusimos a discutir y casi nos vamos a las manos sino hubiese sido porque los demás compañeros nos separaron.

Al terminar el juego una patrulla de los *Carabinieri* me estaba esperando a la salida del estadio. El manager me acusó de intento de asalto. Los policías vinieron hacia mí sin decir nada, con esa cara de odio que tenía tiempo sin ver. Yo, a fin de cuentas, era un inmigrante sin papeles y sin argumentos, perdido en un país ajeno.

Durante un rato no hablamos. Yo me quedé viendo la colección de botellas vacías que se agrupaban en la barra. Pensé que hasta allá había llegado la violencia, persiguiendo a Rómulo hasta el estadio *Gianni Falchi* para meterlo a empujones en una patrulla.

Después Rómulo contó como dentro de la patrulla uno de los policías comenzó a insultarlo, lo insultaba y le pegaba con una mandarina. Quizás creyeron que yo era un gitano, decía Rómulo, de esos que salían a cada rato en las noticias molidos a palos por los *Carabinieri*. Maldije haber aprendido italiano: entendí todos sus insultos. Tenía la cara llena de lágrimas de

arrechera, de impotencia por no poder hacer nada, porque se escapaba mi sueño de vivir tranquilo, haciendo lo que más me gustaba. Ni siquiera me dejaron buscar mis cosas en el apartamento. Golpeado y esposado me llevaron hasta la puerta del avión que me trajo de vuelta a Venezuela.

Hasta ese día yo nunca había odiado a nadie, dijo mientras encendía un cigarro que sacó de su chaqueta. Ya Rómulo no vestía ropa deportiva como cuando lo conocí en Barcelona, ahora era una chaqueta de pana gris y un pantalón de lino el envoltorio de su figura. Pero ese día odié a los policías, dijo, los odié porque creí que a pesar de lo jodido de ser un inmigrante, de los problemas que tenía viviendo fuera de mi país, tenía superada la violencia. Los odié por lo que me hicieron, aunque yo siempre había sido mucho peor que ellos.

Fue hasta ese momento que entendí que Rómulo no sólo quería contarme su vida en Italia, sino también lo que había pasado antes, cuando aún no había estado en Barcelona y ni siquiera había salido de Venezuela. Yo temí lo peor. Ambos nos quedamos callados un rato mientras apuramos la cerveza que teníamos a mano. Luego Rómulo continuó hablando. Contó que no sólo había sido carpintero, electricista, chofer y dependiente en una librería sino que también se había alistado en el ejército, atraído por una propaganda que le prometía un sueldo fijo y estudios universitarios. Tenía dieciocho años y ya sabía que no lograría llegar a las Grandes Ligas.

Al principio su trabajo consistía en cortar la grama del Fuerte Militar, trotar y soportar los juegos de poder que jugaban sus superiores. Luego hizo algunos amigos. Le gustaba saber que podía jugar béisbol al menos una vez a la semana. Había otros jugadores con mucha calidad pero pronto se ganó la titularidad del *short stop* en el primer equipo del ejército. Pasó el tiempo y

comenzó a sentirse muy cómodo entre las barracas: por un momento llegó a pensar que no le importaría quedarse ahí para siempre, cortando grama y jugando béisbol, pero un día apareció un Capitán solicitando tropa, y Rómulo supo enseguida que ese plácido sueño ya no iba a ser posible. El centro de Caracas era un hervidero de gente. Se reportaron saqueos y disturbios, los eternos saqueos y disturbios de los jodidos de toda la vida. Le ordenaron tomar un fusil y subirse a un camión. Aquí se hace lo que yo diga carajo, recordaba Rómulo que había gritado el Capitán. El que me desobedezca va derecho a la celda de detención.

Le pedí a Rómulo que me describiera al Capitán. Era un tipo más bien bajo y flaquito, me dijo, pero tenía una expresión tan rabiosa en la cara que era imposible llevarle la contraria. Sus solas palabras hacían daño. Cuando me monté en el convoy empecé a sentir un escalofrío en el estómago. Los otros soldados que iban a mi lado pronto se sintieron igual. Al principio sólo miraban al piso, o a su fusil, y bromeaban. Ellos siempre hacían broma de todo, no podían permanecer callados nunca. Pero ese día, mientras recorríamos calles y nos acercábamos al centro de la ciudad, sus voces se fueron apagando, como si alguien les bajara el volumen poco a poco. Hoy estoy seguro que ese alguien era el Capitán. En un momento, ya nadie pronunciaba palabra y sólo se escuchaba el ruido del motor. El escalofrío se me convirtió en rabia, en rabia por no haber elegido un camino diferente al que sabíamos estábamos a punto de andar.

Al llegar a la Avenida Baralt, vimos una humareda negra saliendo desde varios locales. Los edificios que nos rodeaban eran rectangulares, estaban sucios de tanto descuido y dejadez. La gente corría en todas direcciones, entregados a un festín vacío, y hasta sádico, disfrutaban saqueando la tienda del tipo que estaba tan jodido como el resto. Yo sentía que quienes ahí

estábamos compartíamos una suerte miserable: el señor que cargaba la pierna de la vaca cruda, la mujer que arrastraba un saco de arroz, el viejito que levantaba sobre su hombro derecho una televisión nuevecita, la muchacha embarazada con sus paquetes de pañales, el camarógrafo que transmitía en vivo para la gente en sus casas, y nosotros, que ya habíamos bajado del convoy y que mirábamos el espectáculo parados y sin mover un músculo, estábamos siendo marcados de por vida, asistiendo a un bautismo de odio que sellaríamos con sangre.

El Capitán nos ordenó hacer una fila. Nos ordenó protegernos con el escudo y no separarnos unos de otros. Yo estaba cagado de miedo. Mis manos temblaban, mis piernas temblaban, no podía contener el repiqueteo de la mandíbula mientras nos acercamos hacia el bululú. ¿Entiendes? Más o menos, le dije por decir algo, pero en verdad no entendía nada, nadie podía ponerse en su lugar ni estar dentro de su inocente miedo. Bebimos un trago de cerveza y nos quedamos callados.

Ahora no recuerdo cuánto tiempo permanecimos así. Sólo recuerdo que tenía frío, que yo también empecé a titiritar como lo hacía Rómulo en su recuerdo. Pedí un ron seco y lo bebí sin decir palabra. Oí a Rómulo sollozar pero preferí no mirarlo. Miré un cuadro con una naturaleza muerta pintada. Colgadas en una columna estaban unas fotos viejas de Caracas.

Después Rómulo siguió hablando. Dijo que el Capitán gritaba, le ordenó a un pelotón que lanzara bombas lacrimógenas para dispersar a la gente. Un grupo de soldados se colocaron uno a lado del otro y dispararon bombas que subían soplando por los aires y caían entre la multitud que desvalijaba una tienda de electrodomésticos. La humareda blanca espantaba momentáneamente a las personas, pero en pocos segundos volvían a reunirse. Los soldados

dispararon unas tres veces más. Se escucharon gritos y nos lanzaron algunas piedras desde varios lados. El Capitán nos ordenó disparar. Yo comencé a llorar. Disparen coño. Y no sabíamos que hacer. Échenle plomo a todo lo que se mueva. Las lágrimas fluían sin parar.

Lo que pasó en seguida es redundante, redundante por manido y redundante por insensato: la violencia de la que los venezolanos nacidos en los ochenta no podemos escapar. Una violencia sorda, omnipresente. Rómulo enfiló por una de las esquinas de la Avenida Baralt junto al resto de los soldados. Unos iban muertos de miedo, otros decididos a meterle el pecho a su hora adversa, otros convencidos de estar ingresando al mismísimo infierno. La calle se había quedado en silencio, oscurecida por efecto de los gases y la humareda, hedionda a orines mezclados con plástico quemado. Rómulo tuvo ganas de vomitar, pero con el primer disparo que escuchó todos sus pensamientos se apagaron. Sin mirar hacia ningún lado, protegido –si a eso se le puede llamar protección- por la careta de policarbono de su casco, se dejó llevar por el ritmo frenético que producía el fusil. A ciegas, descargó todas las balas de su cámara en las paredes y quioscos, en las espaldas informes que intentaban huir calle abajo, en los cuerpos de los jóvenes arrinconados en las esquinas. Yo le pregunté qué sentía mientras eso pasaba. Rómulo me contestó que nada, que una vez vio caer al primero ya todo fue silencio.

El resto, más que una historia fue un derrotero. A Rómulo y los demás soldados que se subieron al convoy se les acusó de uso excesivo de la fuerza y fueron dados de baja. El Capitán que comandó la operación fue ascendido a Mayor. Rómulo metió sus cosas en una maleta y pidió un taxi hasta el Terminal de autobuses. Allí tomó el primero que salía sin saber a dónde iba. Llegó a una ciudad verde y fría que supuso era Mérida. Después cogió otro bus que lo llevó a un

pueblo apartado, miserable y hecho jirones, pero que tenía la virtud de la discreción. Alquiló una habitación en una vieja pensión y durmió durante dos días.

Al cabo de seis meses ya Rómulo tenía trabajo como recolector de un huerto propiedad de un campesino acomodado. Nadie hizo preguntas incómodas. Se conformaron con la historia que Rómulo les había contado: había enviudado joven y quería rehacer su vida. En sus pesadillas, sin embargo, Rómulo soñaba con brazos ensangrentados, piernas y torsos sin rostro que lo rodeaban y querían tocarlo. Él despertaba temblando y lloraba hasta que se quedaba dormido de nuevo.

¿Cuánto tiempo estuviste en ese pueblo?, le pregunté.

Casi cuatro años, hasta el momento que decidí viajar a Europa, me dijo.

Las pesadillas lo abandonaron el día que tomó el vuelo a Barcelona. Llegó tranquilo, decidido a vivir por las cosas sencillas que aún le gustaban. Y así lo hizo hasta que los *Carabinieri* le dieron una paliza y lo devolvieron al mismo lugar de donde había escapado. Entonces Rómulo se entregó a una tristeza de la que ya no quiso salir.

Y así lo encontré aquella noche en el bar cercano a mi casa en Caracas. Por años había llorado por sus sueños evaporados, por su juventud perdida, por todos los jóvenes que nunca serían adultos porque una bala se los impediría y por los jóvenes que mataron a otros jóvenes casi sin pensar en lo que estaban haciendo. Yo le dije a Rómulo alguna de esas frases tontas que no consuelan a nadie, y él se rió sin dejar de llorar, asintió y me dijo que sí, que estaba seguro todo iba a mejorar. Y luego siguió llorando un rato más.